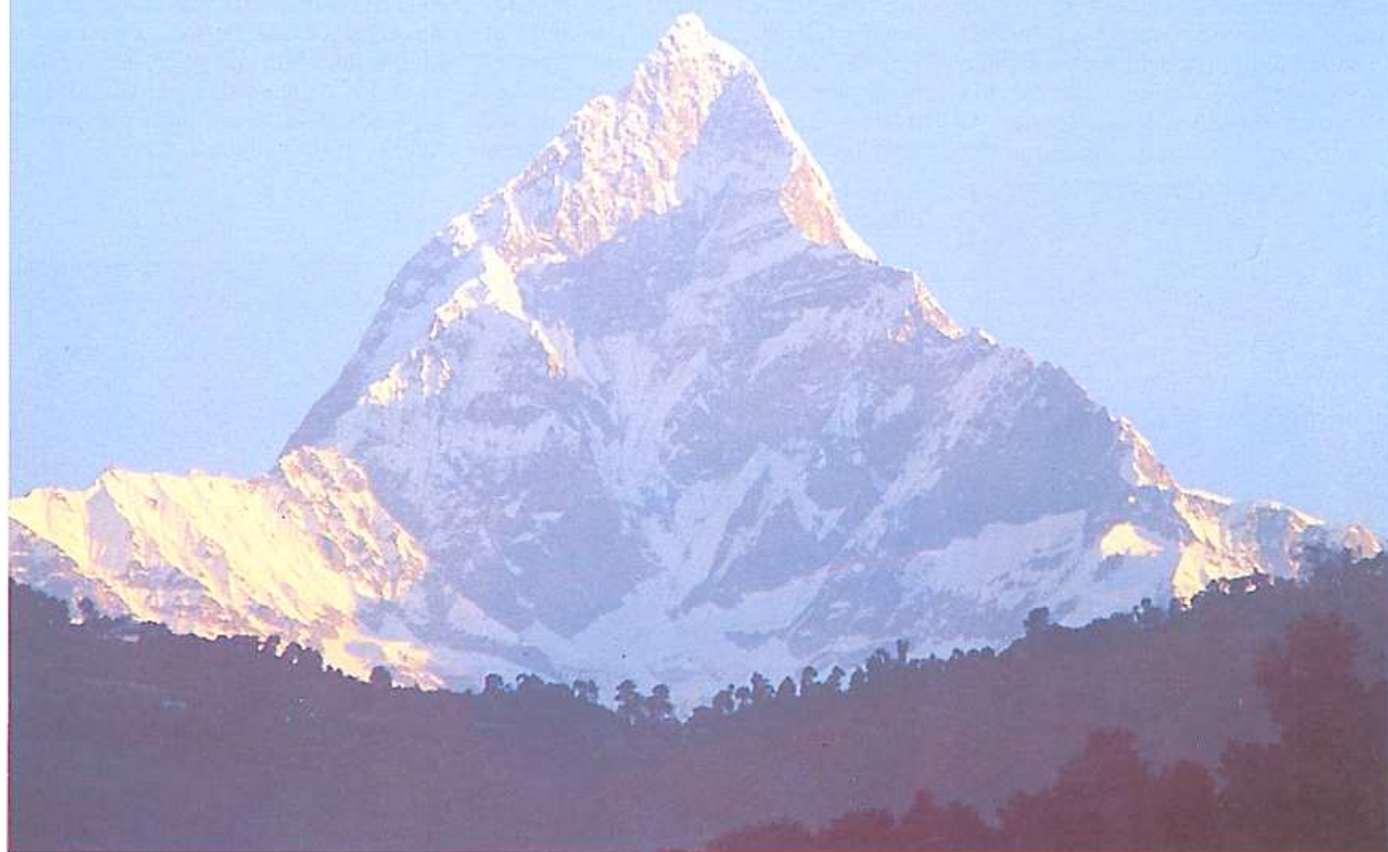


# Himalaya, la morada de las nieves

Un viaje por las zonas más remotas del Nepal proporciona, hoy en día, algo más que el espectáculo de ver la más asombrosa cadena de montañas de la Tierra.



**U**N viaje por las zonas más remotas del Nepal proporciona, hoy en día, algo más que el espectáculo de ver la más asombrosa cadena de montañas de la Tierra. El Himalaya, "la morada de las nieves", se extiende desde Assam, al este de la India, hasta el occidente de Afganistán; incluyendo las montañas más jóvenes y altas del planeta, pero así mismo una diversidad increíble de pueblos, culturas y tradiciones religiosas.

En ningún lugar de esta cordillera la diversidad es tan aparente, ni la cultura tan interesante como en el Reino de Nepal.

Así como Madrid, por sí sólo no representa la rica variedad de tradiciones y culturas de España; Kathmandú tampoco representa a Nepal. Afortunadamente, tan sólo unas pocas carreteras se introducen en la montaña, lo que obliga al viajero a visitar el país de una manera más íntima y más lenta: caminando.

Mientras hablar de trekking en España supone hablar de largas caminatas de uno o varios días que tan sólo nos hacen evadimos por unas horas del estresante ambiente cotidiano, hacerlo en Nepal supone andar superando diariamente desniveles superiores a los 1200 metros en los que, a veces, la actividad se desarrolla a más de 5000 metros de altura, desenvolviéndose en un ambiente de remotos pueblos de montaña cuya gente conserva un estilo de vida que roza lo medieval, trasladándonos al pasado como si de una máquina del



*El macizo del Annapurna al atardecer*

tiempo se tratase, llegando a pasar incluso veinte días sin ver un solo vehículo a motor, reflejo del progreso en nuestros días.

A pesar de ello, sus pobladores transmiten una confianza al montañero que quizá sólo es posible en aquellas pocas culturas que no han sido nunca sometidas por un poder extranjero.

El día 16 de Octubre, encuadrados en una expedición organizada por miembros de la Federación Castellano-Leonesa de Montañismo, partíamos el Cabo 1º José Vilariño y yo hacia el montañoso reino nepalí, con el proyecto de realizar el duro circuito de los Annapurnas y la ascensión de dos picos

de más de seis mil metros: el Tukuhe Peak (6.920 metros) y el Thapa Peak (6.021 m.), ambos en el macizo del Dhaulagiri, "la montaña del viento".

Una escala en Kuwait y otra en Delhi permitieron que un avión de la Royal Air Nepal nos llevara a nuestro destino.

Volando desde Delhi a Kathmandú, las montañas nevadas del Himalaya se confunden con las nubes. Conforme nos íbamos acercando distinguimos el Everest, la montaña más alta de la Tierra con sus 8.848 metros y su vecino el Lhotse de 8.511. Más al Oeste, la cadena de los Annapurnas y el Dhaulagiri, zona donde se desarrollaría nuestra actividad de montaña.



*Izquierda, mujeres nepalíes porteando.*

*Abajo, molinillos de oración budistas en el Kali Gandaki*



Antes de tomar tierra casi rozamos las suaves cumbres de más de dos mil metros que rodean el Valle de Kathmandú, de intenso color verde y con el Himalaya de telón de fondo. Este valle era, hace milenios, un enorme lago que fue vaciándose quizá a causa de los múltiples terremotos que sacudían esta joven región geológica. En la actualidad, las aguas que drena el valle son llevadas al Ganges por el río Bagmati, que pasa por la capital. El hecho de haber sido un antiguo lago ha dejado un rico limo en el suelo del valle que junto con el benigno clima que reina en la región hacen la combinación perfecta para una rica agricultura.

Entre las casas repartidas sin un orden aparente por el valle, destacan las stupas budistas y las pagodas hindúes, que evocan tiempos pasados.

Kathmandú, una ciudad situada a 1.350 metros sobre el nivel del mar y que llegó tarde al siglo XX del mundo actual, ha tenido una adaptación bastante apacible desde 1.950, año en que abrió sus puertas a los extranjeros.

Los edificios de ladrillo de la terminal del aeropuerto de Tribhuvan reflejan el estilo de vida rural propio de su gente.

Nuestro primer día en la capital transcurrió buscando alojamiento y portadores para comenzar la aproximación al Thapa Pass, lugar donde estableceríamos el campamento base y donde debíamos encontrarnos con nuestros compañeros de expedición, Juanjo y Ramón, los cuales habían sa-



*Banderas budistas de oración*

lido de España tres días antes que nosotros.

El día 19 de Octubre, con nuestros portadores Kaljang Sherpa y Bambhadur Karki, partíamos en autobús hacia Pokhara, la segunda ciudad más grande de Nepal, a orillas del lago Phewa, cuyo triste seudónimo es el de "lago de la hepatitis", en cuyas tranquilas aguas navegan los pescadores con sus donga (largas canoas construidas con troncos), llevando también a los peregrinos al santuario hindú de Vahari, levantado sobre una pequeña isla desde la que se puede ver el Machhapuchhare, la montaña sagrada, reflejada en las aguas del lago. Esta ciudad sirve de puerta a la garganta de Kali Gandaki, la garganta más profunda del mundo, pues el río corre a una altura que ronda los 2000 metros, mientras es flanqueado por dos montañas de más de ocho mil, el Dhaulagiri y el Annapurna, que distan entre sí tan sólo 38 kilómetros. Por esta garganta discurriría nuestra aproximación a la montaña.

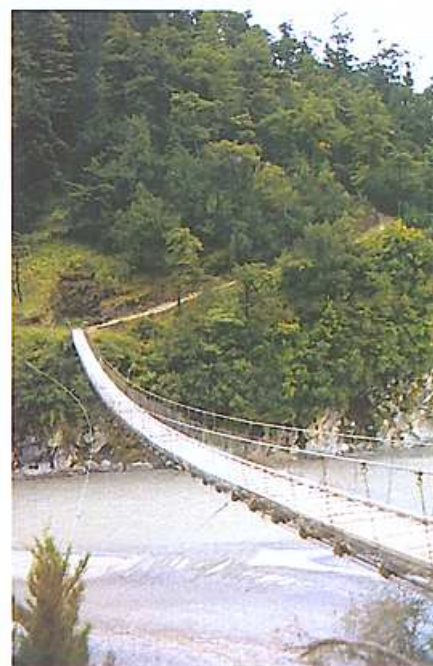
Al día siguiente de llegar a Pokhara, un coche nos dejó junto a nuestros portadores en la aldea de Lumle, donde comenzaríamos nuestra caminata de siete días hasta el Thapa Pass.

Al principio, cualquier aldea que cruzábamos sorprendía nuestros ojos, pues en ellas se reflejaba el estilo de vida primitivo de sus gentes, basado en una economía de subsistencia carente de comodidades.

*Izquierda, el Machhapuchhare.  
Derecha, puente colgante sobre el  
Kali Gandaki*

Aún estábamos metidos en la garganta del río Bhurungdi, por lo que no podíamos ver el impresionante espectáculo de grandes montañas que nos acompañaría en los próximos días. En compensación teníamos un paisaje de aldeas repartidas entre campos de arroz que se escalonaban en las laderas que nos rodeaban.

Al atardecer llegamos a Tikhedhunga, alojándonos en casa de un antiguo soldado gurkha británico. Nuestra segunda etapa nos llevaría hasta Ghorepani, tras ascender los más de 1300 metros de desnivel que separan esta aldea de Tikhedhunga, subiendo por una escalera de piedra que parece no acabar



nunca. Desde Ulleri vemos la impresionante mole nevada del Annapurna Sur (7.219 m.) y la cresta que le une al Hiunchuli. Al pasar la aldea de Bantanti entramos en el mayor bosque de rododendros del mundo, entre los cuales brotan robles y magnolios. El Área de Conservación del Annapurna destaca entre las reservas naturales del planeta por ser un prodigioso jardín botánico con más de 100 especies de orquídeas y este fantástico bosque que muestra su tesoro cuando los rododendros florecen en primavera.

Por la tarde disfrutamos desde el collado en el que se asienta el pueblo de un crepúsculo enrojeciendo la nieve del Annapurna, mientras a contraluz divisábamos la silueta del Dhaulagiri con un penacho blanco que indicaba fuerte viento en la cumbre.

A las 5 de la mañana del día siguiente subimos a Poon Hill (3.193 m.), un clásico mundial en cuestión de panorámicas de montaña. Nuestro propósito era ver el amanecer desde este balcón natural. El panorama desde aquí se extiende desde el Gurja Himal hasta el Himachuli, pasando por el Dhaulagiri, los Nilgiris, el Annapurna I, el Annapurna Sur y el Machhapuchhare; pero nuestra atención se fijaba en dos montañas a la derecha del Dhaulagiri: el Thapa Peak y el Tukucho Peak.

Este año el monzón había dejado nieve desde algo más de 4000 metros de altura, lo que endurecía notablemente la ascensión, aunque lo que más nos preocupó fueron unas pequeñas nubes que venían del noroeste, por aquello de "cielo aborregado, a los dos días suelo mojado". Un frente podía ahora cargar la montaña de nieve y hacerla peligrosa, por las avalanchas, lo que haría fracasar la ascensión.

Después del espléndido amanecer bajamos a Ghorepani a reponer fuerzas con un buen desayuno, pues la etapa del día nos haría bajar 1700 metros hasta Ttopani, para entrar en la garganta del Kali Gandaki.

Por el camino vemos a gente recolectando el arroz y pasamos por gran cantidad de aldeas con tejados de pizarra y fachadas cubiertas de arcilla.

Poco antes de llegar a Tatopani cruzamos el río por un gran puente colgante, esperando antes a que pasen las alegres caravanas que vienen de Mustang. Algunos animales portan grandes penachos blancos y rojos con melodiosos cencerros y campanillas cuyo sonido se confunde ahora con el de la fuer-



Arriba, descenso del Thorung La.  
Abajo, el Dhaulagiri, el Tukucho Peak y el Thapa Peak

te corriente del río, mientras son azuzados por arrieros tibetanos.

Tatopani quiere decir en nepalí "agua caliente" y el pueblo recibe el nombre de las fuentes de aguas termales que surgen cerca del río. Después de la larga caminata no nos vino nada mal un buen baño mientras veíamos las nubes rodeando la cima del Nilgiri Sur al atardecer.

El día 23 de octubre amaneció nublado y con ganas de llover. Después de impermeabilizar todo lo que tenemos en la mochila, salimos hacia la aldea de Kalopani, ascendiendo la garganta de Kali Gandaki. Al pasar por la impresionante cascada de Rukse Chhara, el camino se excava en la roca, quedando colgado a más de 100 metros por encima del río, que corre por un abrupto y estrecho cañón. A menudo

tenemos que arrimarnos a la pared para dejar pasar a las caravanas de mulas. El gran tráfico de animales de carga se debe a que la garganta de Kali Gandaki ha sido durante siglos una ruta comercial muy importante entre Tibet, Nepal y la India, transportándose hacia el sur la sal extraída de los lagos salados del Tibet, que era canjeada por cereales, azúcar, té, tabaco, especias y otros productos imposibles de cultivar en el altiplano tibetano. Los cambios políticos habidos en el Tibet con la invasión china han reducido notablemente este comercio, que ahora se limita al abastecimiento de las poblaciones de la garganta.

El monzón de este verano ha descargado con fuerza y en muchos sitios los corrimientos de tierra han destrozado el camino, lo que endurece la marcha con

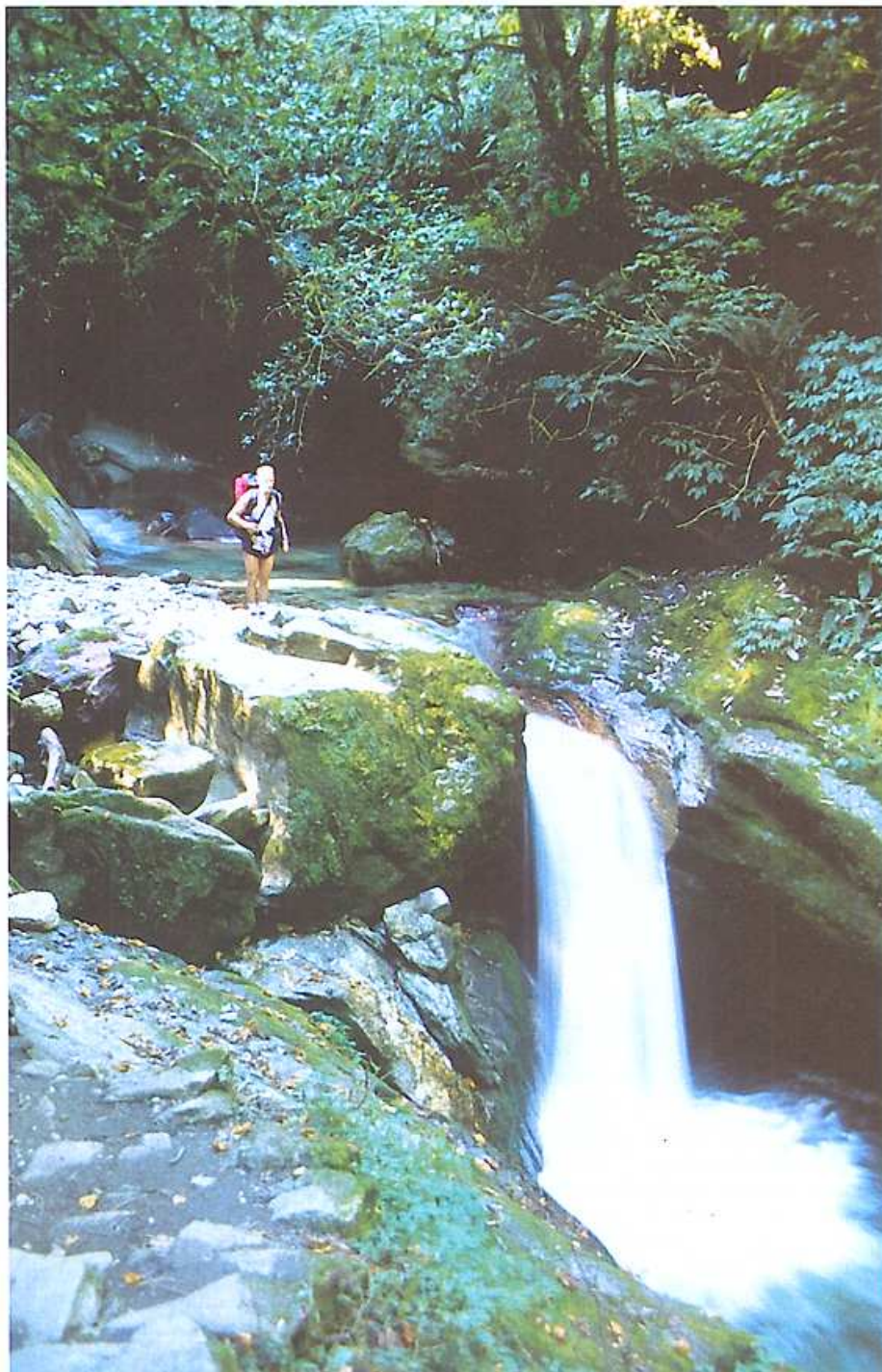


*Descendiendo el Thorung La con el Gangapurna al fondo. A la derecha, cascada en el río Burgunai*

constantes subidas y bajadas. La etapa de este día nos hizo subir 1500 metros y el atardecer no dio señales de mejoría de tiempo.

La siguiente jornada no nos hizo subir mucho desnivel, lo que nos permitió andar deprisa para librarnos del aguacero que empezó a caer a mediodía. Al llegar a Tukuche nos encontramos con un grupo de españoles que venía haciendo el circuito del Dhaulagiri y descendían por la garganta del Kali Gandaki. Habían pasado hacía dos días por el Thapa Pass y tenían noticias de nuestros compañeros. Cuando el grupo cruzó el paso empezaba a nevar, por lo que el riesgo de avalanchas se había incrementado notablemente. Las cinco expediciones que intentaban la escalada al Dhaulagiri se retiraban. Si el tiempo no mejoraba en dos días abandonaríamos la idea del ascenso a los dos picos y nos centraríamos en completar el circuito del Annapurna. Al llegar a Marpha comenzó a llover fuertemente.

Marpha es un bonito pueblo con una buena cantidad de casas de piedra encajadas y el suelo de las calles enlosado. Junto a las casas daban su fruto los manzanos y bajo las losas de piedra de las calles se siente correr el agua de un sistema de drenaje único en Nepal. Por la tarde, el fuerte aguacero no nos impidió visitar el templo budista que domina la población, donde los monjes recitaban sus mantras (oraciones)



acompañados del sonido de instrumentos musicales.

Durante las veinticuatro horas siguientes no dejó de caer agua, por lo que decidimos continuar la marcha hasta la cercana aldea de Jomsom, población más pequeña que Marpha, pero que al estar situada en un ensanchamiento de la garganta dispone de un pequeño aeródromo donde nos podrían facilitar información meteorológica. Allí nos comunicaron un empeoramiento del tiempo y lluvia para tres o

cuatro días más. Definitivamente se suspendía la ascensión de los dos seis miles y ahora había que centrar los esfuerzos en algo no menos complicado, que era la ascensión del Thorung La, el cual debía estar ahora cargándose de nieve.

Los dos días que pasamos en Jomsom transcurrieron releiendo las dos guías de Nepal que llevábamos y Vilaño se propuso la dura tarea de enseñar a Bambhadur a jugar al parchís

En esta zona de Nepal, situada al



*Izquierda, Niña tibetana. Derecha, uno de los porteadores de la expedición*

ra hindúes y budistas.

El conjunto religioso, alejado de la población, incluye una gompa budista y la pagoda hindú de Jiwala Mayi, rodeada de 108 caños metálicos en forma de cabeza de vaca, de donde mana agua considerada sagrada. Los peregrinos más curiosos entre los que llegan a Muktinath son los ascéticos sadhus, seguidores del dios Shiva y que a menudo comienzan su peregrinaje en las llanuras de la India. Viajan en diferentes estados de desnudez, manchándose con ceniza y portando un tridente llamado trisul, cuyas tres puntas simbolizan la creación, la protección y la destrucción de Shiva.

Nuestro segundo día en Muktinath amaneció nevando y con tanta práctica Bambhadur consiguió hasta ganar a Vila al parchís. El atardecer nos trajo algo de esperanza, pues nuestros barómetros comenzaron a subir bruscamente y contemplamos el sol escondiéndose tras el Dhaulagiri, mientras las nubes se iban disipando.

El 29 de octubre nos levantamos antes del amanecer y el panorama no podía ser más alentador. Las estrellas inundaban el cielo y la luz de una brillante luna se reflejaba en la nieve de las montañas que nos rodeaban. No podíamos celebrar el cumpleaños de Vila-riño de mejor manera.

A primera hora de la mañana comenzamos la ascensión que a 4.100 metros empezó a inclinarse considerablemente. Mientras abríamos huella en la nieve teníamos la esperanza de que desde la otra vertiente, menos inclinada y con menor desnivel de subida, otro grupo estuviera haciendo lo mismo.

Al principio el ritmo de ascensión comenzó siendo bueno, pero a partir de los 4.900 metros empezamos a sentir los efectos de la altura y las fuerzas empezaron a resentirse. Cada collado que veíamos cerca era una nueva esperanza que se transformaba en decepción al alcanzarlo y ver que siempre había otro más lejos y más alto. Pudimos ver un quebrantahuesos volando cerca de nosotros.

La primera vez que un occidental, Gastón Rébuffat, cruzó este paso, lo hizo en el mismo sentido que nosotros, aunque esté ya en desuso por la dureza del recorrido. Unos meses más tarde, transcurriendo también el año 1.950, Bill Tilman, otro pionero en la exploración



de estos valles, escribiría sobre el paso del Thorung La: "Esta escalada de cerca de 5000 pies ha estado a punto de romperme el corazón".

A las 5 de la tarde aún estábamos abriendo huella a 5200 metros y las cosas se empezaron a complicar debido a la niebla que comenzaba a formarse y a la proximidad de la noche.

Decidimos vivaquear en una rimaya a pesar de la negativa de nuestros sherpas que no habían vivido nunca una situación así. Después de convencerles les pasamos toda la ropa que teníamos.

La noche se hizo larga por las molestias de la altura y los 20 grados bajo cero que alcanzó la temperatura. Gracias a Dios el viento no hizo su aparición, si no, hubiéramos tenido serios problemas.

Pienso que cuando regrese a España tengo que llamar a Paco Aguado para darle las gracias por los sacos de dormir tan buenos que fabrica.

A la mañana siguiente tuvimos que descongelar nuestras cosas al sol antes de comenzar la ascensión. A mediodía alcanzábamos el Thorung La. Un monolito de piedras mani y banderas de oración budistas nos señalaba el punto más alto de nuestra ascensión a 5.420 metros. A nuestra espalda dejábamos el macizo del Dhaulagiri y enfrente teníamos un espectáculo de montañas dominado por los Chulus. A ambos lados estábamos escoltados por el Yakawa Kang al norte y el Khatung Kang al sur. El Thorung La rompe la estrecha cadena que une el macizo del Annapurna a las cordilleras de Zaskar, que se extienden al Norte.

norte de la Cordillera del Himalaya, apenas se dejan sentir las lluvias del monzón, por lo que los tejados de las casas son planos, utilizándose para secar el grano y la leña. Este otoño, atípico en la zona en cuestión de lluvias, puso en entredicho la utilidad de no tener los tejados inclinados, teniendo que soportar durante las dos noches que dormimos en Jomsom las goteras en nuestro alojamiento. En esta escondida población de Nepal está ubicada la Escuela de Alta Montaña del Ejército.

El día 27 de octubre amaneció casi despejado en el valle, aunque las nubes continuaban pegadas a la montaña. Al menos pudimos darnos cuenta de que la nieve bajaba hasta los 3.500 metros y podíamos intentar un rápido ascenso hasta la aldea de Muktinath, situada a 3.700 metros de altura y desde donde haríamos el definitivo ascenso del Thorung La.

La rapidez con la que quisimos hacer la etapa no nos permitió ver la aldea de Kagbeni, un pueblo que parece sacado del pasado medieval y que constituye el límite más al norte que pueden visitar los extranjeros que no disponen de un permiso especial para ir a Lo Mangtang, capital amurallada de Mustang. El paisaje aquí es desértico y en las paredes de piedra que ha esculpido el río Jhong Khola se divisan las cuevas donde antaño vivían ermitaños budistas.

En medio de este desierto aparecen, como en un oasis, rodeadas de álamos y de frutales, las aldeas de Khingar y Jharkot y algo más arriba Muktinath, importante centro de peregrinación pa-



*En el Thorung La, a las 12:30 horas del 30 de octubre*

debería haber sido en suave descenso hasta Pisang, pero todo el mundo nos aconsejó una ruta alternativa con mejores vistas de los Annapurnas III y IV en la que deberíamos ascender unos metros. Después de cruzar un bosque de coníferas, cuyas vistas recordaban imágenes canadienses, bajamos hasta Pisang, donde la marihuana crece silvestre entre las casas.

Desde aquí a Bahundanda se llega en tres jornadas que discurren por un estrecho cañón donde, en ocasiones, el camino está excavado en la roca y se cruza de un lado a otro por largos puentes colgantes que pasan sobre el río Marsyandi.

En el pueblo de Tal el cañón se ensancha, asentándose la aldea en el lecho de un antiguo lago y entre los árboles del tupido bosque cae el agua en cascadas que forman un gran estruendo. Tras cruzar unos cultivos donde se estaba recolectando el arroz, llegamos a Bahundanda. Después de pasar aquí la noche nos dispusimos a caminar nuestra última jornada de marcha. Tras de nosotros se alzaba la silueta nevada del Manaslu (8.156 metros) y al pasar Khundi nos cruzamos con grupos de jóvenes americanos que llevaban piraguas para descender el Marsyandi. Aquí los nepalíes llevan atuendos más occidentales y algo muestra en el ambiente que el aire primitivo que nos ha acompañado en la travesía se ha desvanecido.

Atrás quedan el olor a flores en el bosque de rododendros, las aguas termales de Tatopani, las oraciones budistas de Marpha, el agua sagrada de Muktinath y la dura noche del Thorung La, pero ante todo se echa de menos la tranquila dignidad de las gentes de la montaña, con su sonrisa que queda prendida en el recuerdo de quienes la hemos disfrutado.

Al mediodía del 5 de noviembre llegamos a Besi Sahar donde vimos nuestro primer vehículo a motor en unos días y desde donde a la mañana siguiente partimos a Kathmandú en un viaje en autobús de 12 horas por pistas que deja ridículas las emociones del Dragón Khan de Port Aventura.

En Kathmandú y su valle pasamos la última semana, pero eso es tema para otro artículo. ♦

**Fernando Rivero Díaz** es Cabo 1º de la Guardia Civil. Especialista de Montaña

A pesar de que desde este punto sólo nos quedaba bajar, la gran cantidad de nieve acumulada en la vertiente este nos hizo tardar algo más de cuatro horas en descender los 700 metros que había hasta el refugio de Thorung Phe-di, donde casi un centenar de personas esperaban a decidirse para cruzar el paso. Fuimos recibidos con felicitaciones y agradecimiento por parte de todos por nuestro esfuerzo. El que hubiéramos abierto la huella hizo decidirse a todos a cruzar el paso esa misma madrugada, mientras nosotros descansábamos rendidos en nuestros sacos.

El descenso al día siguiente hasta

Manang nos ofreció inmejorables vistas de la "gran barrera", una cadena de montañas que va desde el Gangapurna hasta el Nilgiri Norte.

Hasta hace algo menos de 20 años, la población local de Manang era bastante intolerante con los extranjeros. Prueba de ello fue que en 1950 Maurice Herzog, jefe de la expedición que coronó el Annapurna, primer ocho mil ascendido por el hombre, bajó por el valle de Tilicho hasta este pueblo a buscar comida para su expedición. Debíó regresar a su campamento extenuado por el hambre.

El camino de la jornada siguiente